



*A mi amigo el notable dibujante
y distinguido escriptor*

D. Antonio Fernandez Navarro

¿Quién no habrá conocido á Rosalía?
Yo recuerdo sus ojos seductores
donde anidaba el Sol del Mediodía,
que en miradas ardientes se vertía
convertido en cambiantes de colores.

Yo ví en su roja boca palpitante
agitarse sonrisas vaporosas,
y sé que, dulce y cariñosa amante,
se posaba la luz en su semblante
igual que en una flor las mariposas.

No crearon las vírgenes propicias
una hermosura igual á su hermosura,
ni hubo un alma más llena de ternura,
y de anhelos de amor y de caricias.

Su presencia era luz y era consuelo;
y de tal modo sus facciones bellas
orgullo eran y gloria de este suelo,
que sé que, por mirarla, á las estrellas
se asomaban los ángeles del cielo.

Como ya quince abrilés ha cumplido
y su sangre abrasada
era en sus venas plomo derretido,
á su alma apasionada
llegó el amor con todos sus fulgores;
y matando recelos y temores
que guardaban solícitos la entrada,
llenó la fortaleza conquistada
de anhelos, de sonrisas y de flores.

Y á Juan, un buen muchacho, que tenía
los ojos negros, de serena calma,
lentos de esa especial melancolía
de los que siempre miran hacia el alma,
con todo el fuego que su pecho encierra
le amó la jóven ¡como nadie ha amado!
¡cual si todo el cariño de la tierra
se hubiera en sus entrañas condensado!

Y era tal su pasión y su tormento
y tan henchida de su amor vivía,
que pecaba por él, de pensamiento,
lo menos treinta veces cada día.
Mas yo sé que los crímenes aquellos
en nada pueden empañar su historia,
pues conozco á muchísimas con ellos
que deben ir derechas á la gloria.

Y Juan... ¿qué hacía en tanto?
¿por qué impasible sin cesar pasaba
y no enjugó de aquella niña el llanto,
y por qué siempre y siempre la miraba
con ojos llenos del candor de un santo?

¡Dios mio, qué tristeza!
¡qué tristeza embargaba á Rosalía
y cómo batallaba en su cabeza
con brutales latidos de feroz
aquel inmenso amor de que moría!

Y por qué al adorar no era adorada?
¡Si ella era toda amor, toda dulzura
y guardaba tesoros de ternura
en el fondo del pecho aprisionada!...

¡Si á Juan, que era el encanto de su vida,
su amor iba á buscar en raudos giros!...
¡Si le mandaba el alma convertida
en la olorosa brisa de un suspiro!...

Y así al pensar, con odio á sus deberes
y con horror del mundo y de su nombre,
sentía, como todas las mujeres,
el inmenso dolor de no ser hombre.

—Y qué haré yo para que Juan me quiera?
¿para volver al corazón la calma?—
sollozaba la niña lastimera.—

¿Cómo le he de decir que mi alma entera
está tan llena de él, que él es mi alma?

Y dispuesta á quemar con sus ardores
á Juan que, indiferente,
no vió que ella de amores
se moría por él inmensamente,
en miradas tan dulces la envolvía
y tal fuego en sus ojos se veía,
que hubiera hecho pavesas á un demonio...
¡Ay! ¡no hubiese podido San Antonio
vencer la tentación de Rosalía!

¡Y Juan tampoco pudo!
Al fin, de su esquivéz roto el escudo,

miró á aquella muchacha encantadora
en cuyo rostro se albergó la aurora,
y sintió que el amor apresurado
penetraba en su pecho conquistado
con su tropa de sueños triunfadora.

Y desde aquel instante,
con ansia de cariño delirante,
á aquella niña de los labios rojos
buscaban sus miradas intranquilas,
para admirar los cielos de sus ojos,
donde brillaba el Sol de sus pupilas.

En una noche clara y misteriosa,
así habló Juan á Rosalía hermosa:
—Como cautivo del amor te llamo
para entregarte mi alma cariñosa
y decirte temblando que te amo.

Y Rosalía, loca de contento,
escuchaba á aquel hombre tan querido
en cuyo blando acento
ella hallaba tristezas de lamento,
murmullos de hojas y pjar de nido.
Y el corazón henchido de embeleso,
al contestar ¡te quiero! Rosalía,
dejó sellar sus labios con un beso
embriagado de amor y de alegría.

¡Al cabo en su pasión se vió pagada!
y trémula ante el hombre á quien adora,
quedó en brazos de Juan aprisionada,
yo no sé si vencida ó vencedora.

Y... ¡misterio fatal de la conciencia
que no ha podido descubrir la ciencia!
Pasó la noche aquella de ventura
llevándose sus horas de dulzura,
y Rosalía al cabo vió, afligida,
que de Juan el amor no fué su calma...
¡y comprendió, de pena confundida,
que el que ella creyó triunfo de su vida,
fué la primera derrota de su alma!

Carlos Felices Andújar.

